



Caminos de la memoria

Soledad Puértolas
Escritora

LA MEMORIA está hecha de espacios. Incapaces de retener el tiempo, de reproducir los acontecimientos del pasado o de anticipar lo que nos espera, ni siquiera a corto, cortísimo, plazo, los seres humanos hemos hecho del espacio nuestro principal punto de referencia. La vida es tiempo, sí, demasiado bien lo sabemos a partir de determinado momento, cuando, con cálculo vago e instintivo, comprendemos que, como poco, ya hemos vivido la mitad de nuestra vida. Pero resulta algo incómodo, incluso desalentador, detenerse en estas consideraciones. Por fortuna, nuestra gran aliada, nuestra gran benefactora, la imaginación, acude sin tardanza, si sabemos convocarla, a rescatarnos de las cadenas temporales. ¿Y qué nos ofrece de forma inmediata? Espacios, escenarios, tierra y suelo que se pisan, árboles y paredes a nuestro alrededor, cielo y techo sobre nuestras cabezas.

Sin imaginación, la memoria no podría respirar. Sin memoria, la imaginación resultaría demasiado etérea, tan ilimitada que daría vértigo, probablemente mortal. La memoria traza el camino de la imaginación, le da las oportunas señales, unas instrucciones tácitas y silenciosas: aquí están las sombras, allá la luz, aquí, en este rincón, esta mesa o un hombre que pasa de largo, a lo lejos, una nube, una casa en ruinas. Finalmente, la imaginación lo reordena todo a su gusto, pero allí sigue la mesa, el hombre que pasa, la nube, la casa en ruinas.

En mi memoria, al espacio interior de los pisos de la infancia —el de mis padres y el de mis abuelos—, se suma una sucesión de espacios al aire libre que me fueron indicando que en el amplio e inabarcable mundo exterior hay, también, lugares especiales para cada uno. Espacios y lugares de todos y, al mismo tiempo, de nadie, disponibles, abiertos a la intimidad que quiera apropiarse de ellos. Este es, quizá, uno de esos descubrimientos de los que somos conscientes mucho más tarde. Mientras se viven, son intuiciones, percepciones, sensaciones, incluso

deseos. El ancho e inabarcable mundo también es nuestro, es de cada uno. Lo compartimos con los demás y lo convertimos en un lugar exclusivamente nuestro, casi secreto. Esta extraña compatibilidad entre lo ajeno y lo propio es, probablemente, una de las claves de la experiencia artística, pero está hondamente anclada en la experiencia de la vida.

Los caminos son un ejemplo casi insustituible de esta aparente contradicción. El camino pertenece al gran espacio abierto del mundo exterior, está sobre la tierra inabarcable, traza una ruta en ella. Pero cuando transitamos por ese camino que han hecho otros —muchos otros— el camino se hace nuestro, se convierte en nuestro camino y hace profundamente verdaderas las palabras de Antonio Machado: «Se hace camino al andar».

Se reproducen en mi cabeza muchos de los caminos por los que he transitado. Caminos remotos de mi infancia: caminos estrechos, senderos de montaña que seguían la corriente de

...

en la página anterior

Túnel en el Camino Natural de la Sierra próximo a Olvera. Cádiz. Andalucía



riachuelos, caminos misteriosos, umbrosos, que estremecían un poco y hacían pensar en peligros sobrenaturales. Excursiones por el Pirineo, que de pronto acaban en lluvia o en una densa niebla y parece que el mundo se acaba ahí, en ese preciso momento, en ese lugar inaccesible y perdido.

Caminos que se vislumbran desde la ventanilla del tren, que se dejan atrás o se pierden en el horizonte. ¿Cómo habría sido recorrerlos? ¿Qué habríamos encontrado? ¿Qué hacen todos esos caminos allí, atravesando los campos, trazando extrañas líneas? ¿Quién los recorrerá?

La memoria quisiera alcanzar todos esos puntos, todos esos pasos, que fueron trazando los caminos. Las huellas del pasado están desperdigadas por ellos, una historia diaria y cotidiana de trayectos, desplazamientos, idas y venidas.

Innumerables recorridos que han ido quedando sepultados unos por otros y que, a la vez, sirven de apoyo y de guía a los nuevos pasos.

Más que ningún otro, el camino de hierro abandonado, fuera de uso, es señal de esas aventuras pasadas que tenían vocación de continuidad, de ser muchas veces repetidas. ¡Cuántos itinerarios se hicieron posibles, cuántos trayectos se abrieron en la tierra, qué maravillosa red de caminos se fue dibujando sobre la superficie! Caminos poblados de historias personales, caminos que iluminan nuestra historia común. Estas viejas rutas evocan escenas que vivimos o que nos describieron en la infancia, viajes lentos y emocionantes envueltos en un vago olor de carbón, ruidos de máquinas y metales que chirrían, humo, diminutos puntos negros en el aire que, al asomarse por la ventanilla, se pegaban a la piel. Mirar por la ventanilla: esa es la magia del tren. Se anda, se camina, estando quietos.

El cuerpo se deja llevar, la mente vuela. En ese pueblo que dejamos atrás hubiéramos podido nacer o pasar una parte de la vida. Esa ciudad en la que no nos detenemos quizá tenía algo especial para nosotros. Puede que volvamos a ella alguna vez y nos quedemos unos días. Sobre todo, vemos, vislumbramos, caminos, innumerables caminos. Y, por un instante, nos vemos allí, poniendo un pie delante de otro, viendo el tren que pasa a lo lejos, con su carga de personas y objetos, yéndose, indiferente a nosotros.

Cuando estamos ahí, con los pies sobre la tierra, creemos que el tren lejano y los coches que pasan por la carretera cercana son nuestra propia constelación, parte del paisaje que estamos construyendo. Somos los reyes, los creadores de ese universo que se va desplegando ante nuestros ojos en cada uno de los pasos que damos. Caminar es un regalo para los sentidos. El cuerpo entero está inmerso en la experiencia de mirar, oler, palpar, gustar, escuchar. Respira con tanta intensidad, con tanta profundidad, que la mente se siente etérea, porque los apoyos de los sentidos son, a la vez, límites, y ahora todas las fronteras se han borrado. Y si nuestros pasos se aventuran por uno de esos viejos caminos por donde hace tiempo se deslizaron los trenes, la emoción del descubrimiento está impregnada de olores y sabores que ya son parte de la historia.

Desde hace años, mis días se inician con un paseo. Por fortuna, vivo cerca de un parque que linda con un terreno que parece una tierra de nadie, campo, meseta de cardos y arbustos. Alrededores de Madrid. Entre la ciudad y la sierra. Hay un momento que cada mañana me sorprende: cuando remonto el cerro del cementerio. Es aquí cuando se produce la desconexión con la casa, con el pueblo, con la ciudad. A los lados del sendero de tierra y piedras, los arbustos, ya muy crecidos, albergan un mundo poblado de ruidos, olores y vidas distintas.

...

en la página anterior

Antigua locomotora al comienzo del Camino Natural de La Safor. Valencia. Comunidad Valenciana



Tengo la impresión de que mis perros viven para este momento, pero ahora me doy cuenta de lo mucho que me gusta a mí este paseo, lo mucho que, día tras día, me da. No sé en qué pienso mientras subo la cuesta. Es un pequeño esfuerzo, pero nada desagradable. Puedo hacerlo, se confirma cada mañana. Mis piernas, de momento, responden. Una vez arriba, en el sendero que bordea el cementerio, bajo los pinos, saboreo la recompensa. Desde aquí, se ve Madrid, y, desde unos pasos más allá, mi propia casa. Veo los tejados de las casas de las urbanizaciones. De regreso, en el parque, los alumnos del instituto forman grupos alrededor de los bancos. Siempre me pregunto qué hacen aquí a estas horas. En otro banco, los jardineros se toman su bocadillo matinal. Mis perros se les acercan y ellos, que ya saben lo pesados que son, los soportan de buen humor.

en la página anterior
Parque de la Taconera. Pamplona

El pequeño tramo del antiguo tren de Plazaola habilitado como Camino Natural en Pamplona deja a las puertas del parque de la Taconera, un pulmón verde en el centro de la capital navarra

Cuando estoy en Galicia, el paseo tiene lugar a una hora más temprana y finaliza en la playa. Allí, el momento de la liberación es casi instantáneo. Nada más cerrar la puerta de la verja, mis perros se lanzan hacia la «corredoira» que se abre en el bosque y tuerce luego hacia la carretera. Allí, a la sombra de robles, pinos, y eucaliptos, piso el sendero bordeado de tojos, laureles y helechos. ¡Qué olor, qué humedad en la piel! Me parece demasiado corta esta «corredoira». Y casi demasiado ancha. Me gusta estar en ella, habitarla. Al evocarla ahora, casi creo estar pisando su lecho donde van a parar hojas secas, semillas y frutos. Si miro hacia el cielo, aparece enmarcado por las altas ramas de los árboles.

Pero, al fin, todos los caminos son el mismo camino, porque somos nosotros quienes los hacemos siempre nuevos y nuestros.

Camino Natural Dos Arrieiros. Ourense. Galicia

